

CARLOS EL HECHIZADO

(o los efectos mágicos de una breve visita a Al-Andalus).

No me refiero a Carlos II (1665-1700), el infeliz Rey de España que pasó a la historia con el sobrenombre de «el Hechizado», hijo de Felipe IV y de su sobrina Mariana de Austria; heredero del trono de España a los cuatro años, por lo que reinó durante su minoría (después de ella no veo con mucha diáfanidad que pueda afirmarse que «reinó» genuinamente en alguna ocasión) bajo la tutela de la Reina viuda, del jesuita Everardo Nitard (confesor de la Reina; quizás no fuera una mala persona este jesuita, pero sí fue un político incapaz), del inescrupuloso Fernando de Valenzuela, de Don Juan de Austria (el bastardo de Felipe IV, que mejoró algo la situación de España durante los tres años en los que se ocupó de la cosa pública) y de nuevo de la Reina Madre, hasta que el propio Carlos, más o menos personalmente, pudo hacerse cargo de la situación. No, no me refiero a él, ni pretendo extenderme en la historia ambigua de la Madre Patria en los decenios finales del siglo XVII, tan luminosos en algunas realidades como oscuros en otras. Hoy, Carlos «el Hechizado» soy yo mismo. No tengo la importancia del otro, del Rey; ni pasaré a la Historia como él, pero es una experiencia personal de hechizamiento la que hoy quiero compartir con Vds.

Desde el 27 de julio pasado hasta el 12 de agosto estuve en España. El motivo del viaje fue cumplimentar la invitación de la Universidad Complutense a participar en uno de sus cursos de verano, que tienen lugar cada año en El Escorial. Este versaba sobre **Cuba, Puerto Rico y Filipinas, 1895-1898**. Yo debía dar una conferencia y tomar parte en un panel acerca de la Iglesia Católica en Cuba durante la Guerra de 1895 a 1898, así como sostener un conversatorio informal -titulado «En familia» y que se acostumbra en esos cursos de verano- sobre la saga de los De Céspedes y de los García-Menocal en Cuba (lo que no está escrito en los libros de Historia y se conoce por tradición oral familiar). Estuve en El Escorial desde el do-

mingo 28 de julio hasta el viernes 2 de agosto. En mis horas libres de compromiso -que no fueron tantas porque además de lo programado surgen conversaciones con otros profesores y con alumnos- aprendí mucho, asistiendo a las clases de otros profesores. Me resultó sumamente interesante escuchar clases sobre la Guerra de Independencia desde la óptica española; aprecié muy especialmente las relacionadas con los aspectos estrictamente militares, que eran -para mí- los más desconocidos. Además -¡por supuesto!- no podía faltar una buena visita al Monasterio de El Escorial, que no visitaba hacía treinta años (siempre paso por Madrid de carrera). Por cierto que en la librería de los Padres Agustinos (que están a cargo del Monasterio) adquirí un libro muy curioso: **San Agustín y su concubina**, que explica las razones jurídicas, no afectivas, que determinaron el rompimiento de Agustín con la mujer con la que convivió 14 años y que le dió a su hijo Adeodato; a la que Agustín amó profundamente y con la que se habría casado, después de su conversión al cristianismo, si las leyes romanas de la época se lo hubiesen permitido. Su historia personal habría sido diversa y la de la Iglesia y el pensamiento occidental también.

Cuando terminé mis responsabilidades personales en El Escorial -y antes de un viaje previsto de dos días a Ginebra por razones personales- me fui con amigos a Andalucía, región que tampoco visitaba desde hacía más de veinte años. Había de por medio el gusto de volver a esa región inefable y había también compromisos eclesiales y razones personales, de amistad y de familia. Y allí, en Andalucía (Al-Andalus), ocurrieron los hechizos. Desde el primer día en Granada, pasado casi íntegramente en la Alhambra (quizás el más bello y refinado de todos los edificios de su época en Europa), continuando en la señorial



Escudo de De Céspedes

Ginebra por razones personales- me fui con amigos a Andalucía, región que tampoco visitaba desde hacía más de veinte años. Había de por medio el gusto de volver a esa región inefable y había también compromisos eclesiales y razones personales, de amistad y de familia. Y allí, en Andalucía (Al-Andalus), ocurrieron los hechizos. Desde el primer día en Granada, pasado casi íntegramente en la Alhambra (quizás el más bello y refinado de todos los edificios de su época en Europa), continuando en la señorial



La Colegiata de Osuna

Osuna, en Olvera, en el delicioso Carrión de los Céspedes (lugar del que mis antepasados españoles y sus sucesores en España, los Marqueses de Carrión y de Villafranca, tuvieron el señorío temporal y espiritual) e incrementándose progresivamente por toda la región del Aljarafe, con sus pueblos blancos, para terminar en Sevilla y Córdoba.

EN SEVILLA DEBO SITUAR EL HECHIZO MAYOR, EMBRUJO O ENSALMO.

Paseaba una tarde con un amigo por el Parque de María Luisa. El me hablaba de sus problemas y proyectos; yo seguía con atención sus palabras cuando, de repente, como por arte de magia, me cayó -encima y adentro- la convicción de que **yo habría podido vivir en esa ciudad sin percibirme como extranjero**. Nunca me había sucedido eso en ninguna otra parte. Hay ciudades de índole muy diversa que me gustan mucho, pero en las que siempre me he sentido intruso, ajeno, de visita. En Sevilla, en esta ocasión, no antes, experimenté, que en ella sí podría vivir como en casa propia, en «hogar»; lo cual, hasta ahora sólo lo «sentía» en La Habana y en algunas ciudades de Cuba (como Camagüey y Santiago).

Me doy cuenta de que a mi edad y teniendo en cuenta mi situación vital, eso -probablemente- no signifique mucho; no equivale a una posible «opción residencial» pues la decisión fundacional de mi vida sigue siendo Cuba. «Los árboles viejos no se trasplantan», me dijo mi madre, ya enferma para morir, en un hospital en Miami. Yo sé que, salvo incidentes extraordinarios e imprevistos, mi «tránsito» ocurrirá en La Habana y **mi huesera reposará en el Cementerio de Colón**. Pero confieso que -especulación inútil- me he preguntado después de ese día qué habría podido hacer con mi vida, con ocasión de diversas dificultades que he tenido, si el embrujo sevillano (y andaluz por extensión evidente) hubiera ocurrido cuando conocí esa ciudad y la región aledaña, hace ya más de treinta años. Entonces tenía otros «ojos», otra «mirada» y no me concebía fuera de Cuba; vitalmente, nunca se me ocurrió otra posibilidad plenificante que no fuera esta, vivir en Cuba, pasara lo que pasara, en el ámbito político, en el eclesial o en el estrictamente personal. Hoy sé, por arte de birlibirloque, pero con certidumbre honda, que Al-Andalus podría haber sido otra posibilidad. Y confieso que esa experiencia inefable (que no tendrá consecuencias prácticas) me complace sobremanera. Ω

La Habana, 19 de septiembre de 1996.